

El género, la literatura y los estudios culturales en México

Maricruz Castro Ricalde

Resumen

Este trabajo explora de qué manera la crítica literaria de las décadas recientes, en México y desde un enfoque de género, establece un diálogo con fenómenos sociales más amplios. Se detecta un marcado interés por generar textos que abordan los productos literarios escritos por mujeres o bien, la identificación de marcas de género en la configuración de personajes masculinos o femeninos; comienza a manifestarse una mirada más amplia y general en torno del concepto “género”, pero aún no se transparentan las consecuencias del trabajo interdisciplinario ni los cruces metodológicos, propios de los estudios culturales.

Palabras clave: Estudios de Género, Estudios Culturales, Literatura Mexicana Contemporánea, Crítica literaria

Abstract – Gender, Literature and Cultural Studies in Mexico

This work critically explores how a focus on gender in literary criticism in Mexico in recent decades has established a dialogue with a broader range of social phenomena. A strong interest is found in producing texts that discuss literary works written by women, as well as the identification of the gender aspects of the configuration of male and female characters. However, a wider and more general perspective has begun to emerge around the concept of “gender”, but neither the consequences of interdisciplinary work nor the methodological implications – both important features of cultural studies – are not yet clear.

Key words: Gender Studies, Cultural Studies, Literary Criticism, Contemporary Mexican Literature

Maricruz Castro Ricalde. Mexicana. Doctora en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana (México) y con estudios doctorales en Ciencias de la Información por la Universidad del País Vasco (España). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II. Áreas de interés: género y diversidad sexual en la literatura y el cine latinoamericanos contemporáneos, análisis de textos escritos y audiovisuales; maricruz.castro@itesm.mx

Si la publicación de investigaciones con los enfoques más conocidos de los estudios culturales en México ha sido escasa en la mayoría de los campos del conocimiento; si su desarrollo ha sido lento, y el interés sobre los mismos, más o menos creciente, estas características se agudizan al hablar de los trabajos que intentan intersectar los estudios culturales con los de género.

La entusiasta recepción del libro *Los estudios culturales en México* (Guerrero, 2004; León Barrios, 2005; Prieto Stambaugh, 2005), coordinado por José Manuel Valenzuela Arce y publicado en 2003, tal vez pueda interpretarse como un augurio de que en los próximos años se darán a conocer los resultados de mayor número de acercamientos de esta naturaleza. La inclusión del género en dicho volumen, como uno de los ámbitos que dimensionan la centralidad de los procesos culturales, contrasta, sin embargo, con el olvido de los autores de los otros capítulos, al no incluirlo como una posible categoría de análisis.

En forma general, hablamos de los estudios culturales como el conjunto de acercamientos que, a través de metodologías variadas (pero que consideran la interdisciplinariedad como uno de sus ejes rectores), intentan problematizar la producción de saberes desde las ciencias sociales y las humanidades. El término “género” ha estado presente en este tipo de estudios, prácticamente desde su surgimiento (Payne, 2002; Portugal, 2005). Aquí lo proponemos como una categoría de análisis y no simplemente como un enfoque temático, perspectiva que en la práctica se ha ido imponiendo, según trataremos de demostrar en las siguientes líneas. Es decir, a pesar de que se ha explorado mucho más, su concepción se ha visto reducida a lo que sucede con las mujeres desde los enclaves más diversos.

En el caso de la literatura, esto se traduciría, sobre todo, a qué y cómo escriben las mujeres, o cómo se configuran los personajes femeninos. Aunque entraña una complejidad y una riqueza mucho mayores, tomaremos como punto de partida a “género” como un concepto que revela cómo se construyen “culturalmente características específicas atribuibles a la masculinidad y a la feminidad, en virtud de una supuesta correspondencia con sus rasgos biológicos” (Castro Ricalde, 2009:116).

Desde hace por lo menos dos décadas, se cuestionó la separación que había prevalecido entre “sexo” y “género”, al desmoronarse el constructo

que le atribuía al primer elemento del par lo relacionado con la naturaleza y la biología, mientras que al segundo con la cultura y la historia. Esto implica, por ejemplo, que no haya un vínculo indisoluble entre el género femenino y el sexo femenino, como tampoco existe una correspondencia necesaria entre el género masculino y el sexo masculino. Las formas y las prácticas culturales contribuyen a normalizar esta oposición binaria: a estabilizar los repertorios y los roles, así como su jerarquización. Pero si el género es el resultado de “procesos permanentes de producción lingüística y cultural” (Carter, 2002: 352), es históricamente inestable y está sujeto al cambio.

En el texto “Cultura, género y epistemología”, Marta Lamas hace notar que en México, “ni en el ámbito intelectual ni en el académico” ha habido interés por entablar una discusión teórica rigurosa sobre el tema, lo cual se traduce en falta de ensayos y de reflexiones publicadas (2003:328-353).¹ El rango de este tipo de estudios suele ser limitado y, fundamentalmente, ligado a cuestiones de la mujer y, con un poco más de asiduidad en los últimos años, a los homosexuales. Otro dato apunta hacia la coincidencia de Lamas con Rosi Braidotti (2004) y Sylvia Molloy (2003) sobre la tendencia de una despreocupación casi total de los varones por abordar el género.² Ello da como resultado la existencia de especies de guetos, entre los equipos de trabajo (académicos en concreto; institucionales, en general):

manejan una clientela básicamente femenina y funcionan también como lugares de formación de cuadros para la actividad política (Lamas, 2003:340-343).

Como antes lo hiciera Silvia Molloy (2000:45-59), Lamas se percata de la escasez de estudios que pretenden poner en crisis las representaciones de los géneros convencionales (incluso habla del heterosexismo como premisa de las investigaciones realizadas) y sostiene que:

1. Este planteamiento constituye una invitación para intentar precisar las causas de esta situación; sobre ellas especula la misma estudiosa: “Resulta interesante que en nuestro país la fascinación académica por la identidad haya encontrado su tope en el ámbito de lo sexual y que el discurso político no denuncie la doble moral sexual, el sexismo y la homofobia” (2004:329). Es decir, la ausencia de debates sobre el tema podría indicar el peso existente del tabú de la sexualidad, incluso en enclaves en contextos que privilegiarían lo intelectual por encima de las prescripciones sociales. Otra razón posible es la escasa documentación del trabajo de las activistas, quienes sumidas en la vorágine de sus acciones, no generan escritos que favorezcan reflexiones y discusiones posteriores (Lamas, 2006:14).

2. Aun cuando el punto de partida de este trabajo es subrayar la escasez de una crítica literaria en México desde cualquiera de las vertientes de los estudios culturales y recalcar la práctica ausencia de ésta, en su intersección con la categoría “género”, retomamos la observación de Lamas, Molloy y Braidotti, en cuanto al desinterés de los académicos varones por profundizar en dicha categoría. Las consecuencias son de orden político, en cuanto en que dentro del mismo campo académico se estaría reproduciendo un binarismo estructural de carácter coercitivo (“ciertos” temas, “ciertos” enfoques, según el género del investigador; grupos de investigación integrados sólo por mujeres, cuando se trata de estudiar a escritoras o los roles de los personajes literarios, según su género; reduccionismos en los tópicos que guían los proyectos, por mencionar algunos de los problemas más frecuentes).

los estudios de género no constituyen todavía una tendencia teórica importante en el área de los estudios culturales, y tampoco están cruzados por una perspectiva transversal de género (2003:346).

Lamas (2003) y Molloy (2003) aluden a “la realización de investigaciones sustentadas en datos y trabajo de archivo, a la labor de recuperación y relectura de mujeres olvidadas así como a la de análisis de prácticas discursivas y de vida, desde la sociología, la historia, la antropología y la literatura, principalmente” (Castro Ricalde, 2009:118). Su desazón por la falta de una teoría propia y por la dependencia hacia las lecturas emanadas del ámbito anglosajón, podría ser la contraparte del argumento de Nelly Richard acerca de la existencia del detalle y la materialidad operativa, la de “una crítica *en acción y en situación*, es decir, necesariamente imbricada en el funcionamiento práctico de una estructura local” (2003:444).

Por su lado, Molloy resalta las múltiples posibilidades de usar productivamente la categoría de género “como instrumento crítico, no sólo para proponer nuevos agrupamientos y modos de lectura, sino para desautomatizar categorías críticas que, por hábito, prescinden de él” (2003:125).³

Los enfoques de ambas permiten apreciar la amplitud de los rangos en los que se mueve el género: desde la urgencia por forjar conceptos propios o construirlos a partir de la crítica de los ya existentes, hasta la indagación de cómo opera desde condiciones socio-históricas específicas. A pesar de esta riqueza de enfoques, la resistencia a encasillar el concepto “género” parecería ser, paradójicamente, una de las razones por las cuales suele trabajarse desde lo “ya sabido”: a partir de una presunta y aceptada puesta en común epistemológica.

William Rowe afirma que: “Los estudios culturales son, en sí mismos, una práctica cultural. Esto significa que no puede haber ningún modelo general o una teoría sobre el mismo, sólo maneras de trabajar en contextos particulares” (Hart, Young, 2003:37) [la traducción es nuestra]. Si esto es así, entonces es válido preguntarse cómo se manifiestan en las investi-

3. Deseo detenerme un momento en esta perspectiva así como en las implicaciones que tendría en, por ejemplo, uno de los principales ejes de la investigación cultural en México, identificado por Gilberto Giménez (2003:58-69). El más relevante es el de las culturas populares. Si atendemos la observación de Molloy, se justificarían cuestionamientos relacionados con el lugar que ocupa el género en esta línea de investigación que ha seguido caminos muy diversos: ciclos de fiestas populares, danzas, artesanías, creencias populares, religión popular, entre otros. El mismo Giménez identifica que, si bien existe una gran sistematización y una evidente minuciosidad de índole etnográfica, se ha descuidado el trabajo de interpretación que implica entender a la cultura desde su constitución simbólica (2003:70-71). Entonces, si la categoría “género” aparece en tales investigaciones, casi siempre es “para proponer nuevos agrupamientos” (tal y como razona Molloy), y no para indagar qué ficciones regulativas han imperado en tales manifestaciones; qué procesos sociales han incidido en las representaciones de la feminidad y la masculinidad en los productos culturales generados; o cómo se reproducen las jerarquías y las subordinaciones, a partir de las normas de género asumidas, sólo por asentar algunas interrogantes.

gaciones realizadas desde una perspectiva de género. Y aún cuando esta vinculación implica una acotación para una aproximación, sus alcances siguen siendo vastísimos, si es que se desea profundizar en algunas de las variables de mayor interés. Por lo tanto, reduciremos nuestro universo al campo de la literatura y, de manera específica, trataremos de abordar cuestiones de investigación como la relación entre el género y los estudios literarios (las temáticas y las metodologías desplegadas en ellos) para luego detenernos en la tercera variable de nuestro interés: la crítica literaria, el género y el enfoque cultural.

Sostenemos que, si bien se detecta una apertura institucional hacia los estudios de género, sea dentro de entidades ligadas al Estado, sea en centros académicos, aún no formalizada en la administración y la gestión, éstos aún no cristalizan en un verdadero trabajo interdisciplinario. Podemos decir que la necesidad de los cruces disciplinarios se ha “normalizado” a tal grado, que incluso no es necesario definirla como punto de partida en los trabajos analizados. Es sorprendente la ausencia de conceptualizaciones sobre el género, también resulta evidente el desconocimiento de su enclave en el espectro de los estudios culturales.

La cultura, desde un enfoque tanto teórico como práctico, comienza a aparecer en la ya abundante bibliografía que indaga sobre la revisión de la Historia nacional, la encrucijada entre los cuerpos femeninos y las nociones de nación, los estudios generados desde y sobre las fronteras geográficas, las manifestaciones del poder en los ámbitos más diversos, según precisaremos en el siguiente apartado. El reconocimiento hacia el otro, la simpatía por el análisis de las situaciones marginales alejadas de los centros culturales, ha alentado un discurso en favor de la pluralidad y de la tolerancia. Esto contrasta con el acervo biblio y hemerográfico todavía escaso sobre la multiculturalidad, el papel de la tecnología, el impacto de la cultura global, la brecha entre la literatura popular y la “alta” literatura en México, por mencionar sólo algunos casos.

Las reflexiones que desarrollaremos a continuación se basan en la aproximación a una bibliografía extensa, aunque no exhaustiva, que articula la dupla género y literatura; en específico, analizamos la crítica literaria generada en México. Más específicamente, ensayos, aproximaciones analíticas o perspectivas teóricas generadas sobre escritos de ficción. Es decir, nos enfocamos exclusivamente en el análisis de manifestaciones críticas que se detienen en la literatura mexicana y no incluimos dentro de nuestro corpus de análisis ningún texto de ficción (en síntesis, excluimos muestras de géneros literarios convencionales: novelas, cuentos, obras teatrales, poemas, por enlistar los más conocidos).

A sabiendas que la tercera variable, la de los estudios culturales, apenas si comienza a despuntar, hemos intentado, sin embargo, detectar si se presentan algunas inflexiones propias de dichos estudios. No encuadramos, dentro del corpus de investigación, artículos de revistas, memorias de foros y congresos, dado su eclecticismo, la gran variedad de motivaciones que dieron origen a estas ediciones, su número, así como lo limitado del espacio disponible en este trabajo. Sin embargo, sí exploramos varias de ellas (Cázares, 1997; Campuzano, 1997; Campuzano, 1998; Torres Medina, 1998; Figueroa Blanco, 2001; Ureta Calderón et al, 2001; Cázares, 2002; Poot Herrera, 2003), a fin de tener elementos para su exclusión y, al mismo tiempo, proponerlos como futuros objetos de estudio.

Género y estudios literarios

Este apartado tiene como propósito identificar qué teorías sobre género han circulado en México; cuáles han sido las principales directrices adoptadas por la crítica literaria; qué tipo de obras han sido generadas, a partir de dicho enfoque; y qué atisbos de intersecciones pueden detectarse entre éste y los estudios culturales. Antes, deseamos advertir cómo la construcción del conocimiento en esta área ha sido moldeada por la carencia de una infraestructura descentralizada que apoye su difusión más allá de las metrópolis y, de forma específica, fuera de los linderos de la ciudad de México.

Si bien los avances tecnológicos permiten una circulación más tersa sobre la información disponible, la debilidad de los mecanismos para contar con los materiales bibliográficos y hemerográficos necesarios, de manera oportuna y económica, sigue siendo un lastre para la investigación. De aquí la aceptación de las compilaciones que ponían al alcance y en español, las fuentes de primera mano sobre las teorías de género que surgían, sobre todo, en Estados Unidos y en Francia, países de los cuales han proveniendo, casi mayoritariamente, las lecturas que sobre el tema se han realizado en México. Las colecciones y los libros publicados unitariamente en lengua española, casi todos importados de España, en el mejor de los escenarios llegaban al país con mucho retraso, en cantidades exiguas y casi siempre sólo a las librerías de la ciudad capital. Todos los problemas existentes siempre se multiplican, cuando se trata del resto de las entidades de la República Mexicana y en forma exponencial, al procurar conocer qué se está generando en los centros de investigación auspiciados por el Estado, las universidades o la iniciativa privada.

Por parte de la academia y de las editoriales universitarias o dependientes del Estado, se han generado materiales de lectura teórica, convertidos en citas obligadas en muchos de los trabajos generados en los años recientes. La

labor pionera de Carmen Escandón (1991), por ejemplo, promovió la lectura de Teresa de Lauretis y su afamado texto “Tecnologías de género”. En este tenor, los dos volúmenes compilados por Marysa Navarro y Catherine R. Stimpson (1999; 2001) ayudaron a que fueran conocidas las posturas de investigadoras fundamentales para los estudios de género, tanto europeas como estadounidenses: a partir de ellos, se incrementaron las referencias a los razonamientos de Joan Scott, Adrienne Rich y Judith Butler.

Su compilación *Nuevas direcciones* contribuyó sobremanera a una visión de género aplicada a la literatura, mediante las miradas de Ann Rosalind Jones, Carolyn Heilbrun, Sandra M. Gilbert, Susan Gubar y Elaine Showalter. A través de coediciones, el Programa Universitario de Estudios de Género, dependiente de la UNAM, también respaldó este quehacer. Por ejemplo, con la aparición del *Género en disputa* de Judith Butler, en el 2001, once años más tarde de haber visto la luz en Estados Unidos, se fomentó el debate en la línea del postestructuralismo, al poner en duda la naturalidad del vínculo entre género, sexo y sexualidad.

Casi al mismo tiempo, con *Desestabilizar la teoría* de Michèle Barret y Anne Phillips (2002), se alentó la discusión desde las miradas del poscolonialismo, a través de las reflexiones de académicas como Gayatri Spivak y Chandra Mohanty. La publicación del volumen coordinado por Marina Fe (1999) también ha sido de gran relevancia, pues es uno de los pocos existentes que contienen traducciones de las plumas de Elaine Showalter, Peggy Kamuf, Susan Gubar y Annette Kolodny, por mencionar a algunas, quienes han desarrollado puntos de vista sobresalientes sobre la teoría y la crítica literarias feministas.

Sin poner en duda la importancia de estos empeños, la lentitud de los procesos editoriales implicó que se estuviera en contacto con enfoques originados una década atrás y sólo a través de artículos, capítulos o fragmentos; en muy pocos casos, se contó con la traducción del texto completo, como fue el afortunado ejemplo del libro de Butler.

Una variante son los libros de Cecilia Olivares (1997) y de Lucía Guerra (2007), quienes dan a conocer los conceptos y el desarrollo de este tipo de crítica, en forma general. Olivares, a través de su *Glosario de términos de crítica literaria feminista* y Guerra con un panorama que arranca con Hélène Cixous, Julia Kristeva y Luce Irigaray para culminar con los enfoques poscoloniales y la discusión sobre la inserción de las mujeres en las nociones de patria y nación, la ciudad y la cultura.

Otros ejemplos de textos de referencia son aquéllos que se interesan por estudiar a las escritoras y sus obras, sin que su perspectiva sea la crítica literaria feminista. Dos de ellos serían: *La sombra fugitiva. Escritoras en la*

cultura nacional de Martha Robles (1986) y el de Fabienne Bradu (1987), *Señas particulares: escritora*.

Adelantándose poco más de una década a la circulación de material teórico sobre género, comenzaron a aparecer antologías de escritoras mexicanas o latinoamericanas precedidas por prólogos más o menos breves. Éstos son el objeto de nuestra atención, pues en ellos se vierten las primeras nociones de términos tan relevantes como “escritura de mujeres”, “literatura feminista”, “marcas de género” y otros que permiten trazar un itinerario conceptual ligado a la categoría de nuestro interés. Algunos pioneros son los de Griselda Álvarez (1974), Aurora Ocampo (1976), Sara Sefchovich (1983) y Caridad Silva Velázquez (1986).

En el primer caso, Álvarez (quien fuera la primera mujer al frente del gobierno de una entidad federativa y, ella misma, escritora) sólo ofrece una cortísima presentación. Desde las primeras líneas establece que no cree en la “poesía femenina y poesía masculina, es decir, poesía hormonal, ya se incline al estrógeno o a la testosterona. La poesía va más allá de las componendas químicas o las tareas fisiológicas” (1974:7). Dada la temprana fecha de esta edición, no resulta muy extraña la confusión de la antologadora entre sexo y género. Lo biológico como el rasgo definitorio de lo femenino y lo masculino se reitera y, en cambio, aún no aparece la cultura como una variable fundamental y mucho menos la perspectiva del género como una construcción social. Este volumen de bolsillo y de tiraje masivo (diez mil ejemplares) exhibe, por un lado, el mérito de incluir a escritoras muy conocidas (Rosario Castellanos, Concha Urquiza, Margarita Paz Paredes) con algunas un poco menos como Olga Arias o Isabel Fraire; por el otro, reunir poesía, género literario mucho menos atendido que el de la narrativa larga o breve.

El propósito del libro de Ocampo es la reunión de escritos que hablan de “la condición de la mujer”, a través de la presencia de conflictos propios de la conducta humana como los tópicos asociados con frecuencia a la escritura femenina: la búsqueda de identidad, la soledad, el amor, la incomunicación, entre otros (Ocampo, 1976:VIII). A Sefchovich la guía la necesidad de comenzar a nombrarlas, incluirlas en el catálogo inexistente en ese momento, de las mujeres que crean con la palabra. Dada la amplitud geográfica de su antología, incluye a ocho mexicanas, pero en el prólogo enlista a un número mucho más vasto. Resalta uno de sus apuntes: “su pertenencia a una clase privilegiada en el contexto económico y social de sus países” (1983:25). Sólo esboza qué escriben y cómo lo hacen, aunque deja entrever que uno de sus propósitos es, justamente, que el lector responda a esas interrogantes.

En la línea de los volúmenes anteriores, Mónica Lavín dio inicio a una serie con *Atrapadas en la escuela* (1999). Su gran éxito, como lo indican sus múltiples reimpresiones y su salto de una editorial popular (Selector) a una transnacional (Alfaguara), permitió la publicación de *Atrapadas en la casa* (2001), *Atrapadas en la cama* (2002) antologadas por Ethel Krauze y Beatriz Espejo, escritoras todas ellas.

Los libros mencionados reúnen a cuentistas mexicanas del siglo XX, vinculadas por el tema anunciado en los títulos respectivos y haber considerado esos espacios como íntimamente ligados al universo de las mujeres. Es interesante detectar cómo, en las palabras de apertura, se reproduce un discurso similar al de la academia, en la etapa en la que se procura encontrar verdades esenciales. Sostienen Krauze y Espejo:

las escritoras deciden dejar a un lado los paradigmas impuestos por la literatura escrita por hombres para descubrir por ellas mismas cómo es una mujer, cuáles son sus auténticos deseos y de qué modo necesita nombrarlos” (2002:10).

En otros casos, que bien pudieran considerarse excepciones, las publicaciones sí se ocupan del análisis de obras, desde una óptica sustentada en alguna vertiente de los feminismos, pero su acceso es limitado, al aparecer bajo el sello de instituciones universitarias o coediciones de circulación restringida. Sería el caso de *La utopía feminista: quehacer literario de cuatro narradoras mexicanas contemporáneas* (2000) de Consuelo Meza Márquez, en el que indaga cómo se constituyen las identidades que cuestionan el orden vigente y si pueden considerarse como formas alternativas de organización social. Si bien aparecen, tanto en las compilaciones como en los fundamentos teóricos de las investigaciones literarias los nombres más sobresalientes del área, resalta el hecho de que no figuren, sino hasta muy recientemente, los enfoques de los culturalistas latinoamericanos más destacados. Las lecturas feministas sobre obras de ficción (novelas, cuentos, crónicas) apenas si se han interesado en las aportaciones de Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, Antonio Cornejo Polar, a pesar de haberse escrito en español y publicado en México, en el caso de los dos primeros. Los teóricos citados plantean interrogantes y especulaciones, desde las prácticas y los procesos sociales ocurridos en países como Argentina, Colombia, Perú y México. Cada uno de ellos ha contribuido a la reflexión, tanto desde sus muy particulares intereses, como de manera compartida, tomando en cuenta la tradición de sus regiones y sus ámbitos de conocimiento, lo cual le ha dado una configuración particular a los estudios culturales latinoamericanos que se tocan y algunas veces se imbrican, pero difícilmente se confunden con los *Cultural Studies*.⁴

4. Los análisis literarios interesados por la categoría de género alumbrarían rutas poco conocidas al cruzarse con las preocupaciones sobre diferencia racial y mestizaje, transculturación

Julio Ortega, Josefina Ludmer y Beatriz Sarlo tampoco aparecen como una referencia constante y mucho menos si los textos no han sido traducidos o han aparecido en Sudamérica en pequeñas editoriales. Sería el caso de Francine Masiello. La situación difiere con Carlos Monsiváis, cuya presencia mediática y la constante publicación de algunos de sus títulos lo convirtieron en un icono cultural en sí mismo y sus observaciones, sobre todo las que giran en torno de la literatura popular y las manifestaciones *queer* en la escritura mexicana, son casi obligatorias. En forma similar, tanto las ideas vertidas por Ángel Rama en torno de la ciudad letrada han encontrado una gran recepción, principalmente en los estudios que toman el espacio como elemento de análisis, como las de Martín Lienhard, uno de los escasos teóricos centrados en la literatura indígena y el género. Tal vez por su presencia constante en México, su interés por figuras emblemáticas para la cultura y el feminismo de este país (como La Malinche y Sor Juana), la obra de Jean Franco ha sido de gran trascendencia y ha propiciado nuevas preguntas sobre la identidad nacional y de género, en el marco de la crítica literaria. Un derrotero similar ha sido el emprendido por Margo Glantz.

Los conceptos y la terminología proveniente del psicoanálisis, tan en boga en los primeros textos críticos publicados en México, han cedido su lugar a los sustentados en esfuerzos interpretativos posmodernos y poscoloniales. Herencia de esa primera época, se encuentran los estudios cuyo propósito es hallar marcas de género, detectar más diferencias que convergencias entre la escritura femenina y la masculina. A grandes rasgos, los estudios literarios con una perspectiva de género en México reflejan las fases recorridas por la crítica literaria feminista.

La primera de ellas desea revelar las condiciones de vida de las mujeres a lo largo de la historia. De esta consideración se derivan muchos de los estudios que desean resaltar los estereotipos, las imágenes y sus representaciones. En la segunda etapa, se investiga sobre escritoras poco conocidas, se recuperan otras que habían caído en el olvido; se indaga en ángulos poco frecuentados por la academia hasta esos momentos, en autoras un poco más conocidas (Sefchovich, 1983; Domenella, Pasternac, 1991). Una bifurcación de esto permitió el estudio de los textos de las mujeres chicanas y, en menor medida, por los creados en la provincia o las indígenas.

y heterogeneidad manifestadas en la obra de Cornejo Polar; las redes trazadas por la convergencia de matrices culturales distintas, las mezclas de lo tradicional y lo moderno, así como sus consecuencias sociales y culturales, según propone García Canclini; o bien, las nociones de mediación de Jesús Martín Barbero, cuya aplicación no sólo compete a los estudios de la recepción de los textos literarios, sino que proyectarían sus luces hacia las transformaciones registradas tanto en los tópicos como en las estrategias discursivas, a partir de una presencia cada vez más pronunciada de los medios masivos de comunicación, tanto en las tramas, como en los lectores ideales que forman parte del mundo textual.

Tal vez por la escasez de escritos con temática lesbiana, la diversidad sexual tampoco ha sido lo suficientemente estudiada. En los últimos años, animadas por la discusión inaugurada por Judith Butler, han sido revisadas las nociones que tuvieran algún matiz esencialista, reduccionista y binario; en cambio, se ha abierto el paso al concepto de fronteras móviles, se ha renunciado a la idea de los núcleos y de las periferias fijas.

Lo anterior no significa que las etapas no se traslapen, no persistan. A la fecha, siguen generándose trabajos que tienen como objetivo principal la visibilización de la escritura femenina, por ejemplo. Ahora, sin embargo, se aborda a partir de otros cimientos teóricos y desde ángulos del conocimiento diferentes, lo cual tal vez se deba a una interacción más frecuente entre la academia mexicana con la estadounidense, a un mayor y más rápido acceso a la bibliografía especializada, así como a otras tendencias propias de la globalización cultural. Como es de esperarse, sus prácticas también provocan consecuencias similares a las de otros ámbitos y repercuten en la brecha abierta entre las élites culturales mexicanas y las comunidades universitarias que no pertenecen a ellas.

Las temáticas

y las metodologías de análisis

Uno de los propósitos de este trabajo es identificar qué temáticas y a través de qué metodologías se aborda la categoría de género, dentro de la crítica literaria en México. El estudio de estas directrices nos permitirá reconocer las principales líneas teóricas a las cuales se adscribe, qué tendencias de análisis prevalecen y cuáles son los alcances de esta categoría. Así, la identidad femenina es uno de los grandes temas, uno de los que han acaparado la atención de la crítica literaria.

De manera similar a la de otras disciplinas, en las dos últimas décadas del siglo XX, se detecta como una constante el planteamiento de qué constituye al ser femenino, cómo se construye la identidad femenina, cómo se modifica (Fiscal, 1980). El tópico de la identidad se aborda con cierta frecuencia, mediante el análisis del cuerpo y de la escritura (Glantz, 1995).

La subordinación de la mujer, sus representaciones y sus estereotipos fueron los tópicos eje de los años ochenta. Poco a poco, ante cierta repetición y hasta agotamiento de los mismos, se habló de los procesos que dan como resultado un rango limitado de las imágenes femeninas, y en la descripción de dichos procesos, se enfatizó en el poder y cómo éste permea todas las relaciones.

El pensamiento de Michel Foucault cimentó los textos que hablaban de dominación y de la repetición de los modelos que perpetúan la inequidad

social. Un poco de todo lo anterior ofrece Martha Robles en *Mujeres del siglo XX* (2002). Elige a ocho que destacaron en distintos ámbitos, pero sobre todo en el literario (Woolf, Beauvoir, Djuna Barnes, Marguerite Yourcenar, María Zambrano, Garro), para bucear en sus biografías y destacar los viajes de ida y vuelta entre la obra y el contexto de producción, para subrayar cómo sus existencias dialogaron en forma muy activa (siempre en un marco inicial de restricciones, de exclusión) con su entorno:

Auscultar el trasfondo de algunas vidas equivale a entender y valorar. Pero también a dignificar los móviles de un feminismo que aun en sus avances más inconscientes, desdeñados o asimilados, han conseguido modificar la presencia de la mujer en la historia” (Robles, 2002:15).

Existe una marcada tendencia en centrar los estudios en la relectura de las escritoras que forman parte del canon (Rosario Castellanos, Elena Garro, Elena Poniatowska), el deseo de visibilizar a otras que han sido ignoradas, minimizadas, estudiadas insistentemente desde sólo un ángulo o leídas desde otros puntos de vista (Nellie Campobello, Amparo Dávila) así como la inclinación por configurar imágenes y representaciones de la mujer, a través del análisis de los textos literarios. En los últimos años, estos enfoques se han ampliado a lo que puede denominarse una literatura regional, pues se ha comenzado a investigar las aportaciones de las escritoras en enclaves específicos del país. Estos esfuerzos, sin embargo, tienen un impacto limitado, al ser alentados por instituciones ligadas a las entidades de tales espacios; pareciera que están diseñadas para ser autoconsumidas; es decir, leídas y estudiadas dentro de esos mismos límites geográficos.

En forma similar a lo acontecido en otros ámbitos, en el terreno literario, la perspectiva de género se ha decantado por las mujeres. Apenas han comenzado a aparecer volúmenes que contrastan lo femenino con lo masculino (Castro Ricalde *et al*, 2004; Gutiérrez de Velasco *et al*, 2006) así como artículos que hablan de la construcción de las masculinidades, la problematización de las identidades fluctuantes y la redefinición de los papeles de género tradicionales (Mummert, 2003) y empiezan a despuntar los trabajos basados en las teorías de lo *queer*. En este sentido, aunque es posible detectar cierto movimiento, todavía prevalece, en las publicaciones, el peso de un pensamiento compulsivamente heterosexual⁵ y, hasta cierto punto, esencialista, al identificar las identidades femeninas con una

5. Adrienne Rich abundó sobre el sistema dominante occidental que legitima las prácticas sexuales y las fija como normas sociales. Es el caso de la heterosexualidad que está fuera de toda cuestión. Por consiguiente, todas las demás prácticas se convierten en anormales (1980:631-660). A partir de esta idea, Judith Butler observa cómo la repetición se convierte en coercitiva; es decir, la heterosexualidad es la regla, es el punto de partida y, por consiguiente, lo que se aparte de ella se convierte en un derivado de dicha red cultural. Si desarticulamos esta perspectiva, lo “anormal”, “lo abyecto” deja de serlo, al dejar de tener como referente la práctica original (la heterosexualidad) (Castro Ricalde, 2009:114).

sexuación determinada, a pesar de que desde hace más de una década, Aralia López González advertía la necesidad de confrontar la narrativa femenina mexicana como objeto específico, en correspondencia histórica con la producción masculina (1995:48).

Los estudios que adoptan un enfoque de género han diversificado las temáticas de análisis de los textos literarios. Sin embargo, salvo muy contadas excepciones, no han visto en él una oportunidad de originar, reorientar o enriquecer las técnicas de aproximación a las obras ni de cuestionar las metodologías de análisis más utilizadas.

Es notorio el desplazamiento en la crítica literaria mexicana de un tipo de análisis que aúna la biografía con la producción de sus autores o autoras, a uno de índole meramente textual o a una combinación de ambos. Las herramientas empleadas ya no muestran un marcado enfoque estructuralista (como ocurría hasta los años ochenta) sino más bien a uno de tipo estilístico e, incluso, narratológico. Esta generalización la obtenemos después de identificar los derroteros seguidos en dichos análisis, pues suele omitirse tanto la explicación sobre a qué metodología se adscribe el trabajo como a la especificación de las herramientas empleadas para aproximarse a las obras de ficción. Es decir, se obvia la inclusión de un apartado metodológico, no así el de orden teórico.

La perspectiva textual sigue prevaleciendo en los libros de nuestro corpus y, desde la mirada de los estudios culturales, pueden actuar como documentos que propongan mapas simbólicos de cómo se inserta el género en los mundos de la ficción. Hay un interés casi nulo por trabajar estos resultados en su vinculación con la realidad contemporánea y mucho menos aún por aprovecharlos como plataformas de acción sugeridas para transformar los estilos de vida y las prácticas cotidianas. Por ejemplo, poco se ha profundizado en las relaciones entre el género y los hábitos de lectura, los ritos que los rodean, sus escenarios socioculturales.

Tal vez por el temor a regresar a la crítica literaria que explica la obra mediante la biografía de quien la crea, hay una reticencia a trazar las correspondencias entre las obras de ficción y sus contextos. Las preguntas sobre los procesos de producción cultural que privilegian unos géneros por encima de otros, un tipo de escritos, una visibilización o no del trabajo femenino son excluidas de las investigaciones sobre la literatura mexicana y confinadas al campo de la sociología o la comunicación, por mencionar algunos ejemplos. En cambio, los análisis textuales frecuentemente son acompañados de breves introducciones que abarcan la biografía del autor o de la autora así como el contexto literario y/o historiográfico de la obra tratada.

En cuanto al corpus de análisis, ha habido una mayor inclinación por el estudio de los personajes femeninos y más, si quien crea la obra literaria es una escritora. Casos como los de la atención de las madres e hijas marginadas en una obra de Elena Garro (Galván, 1988), o la imagen de la mujer en la narrativa de Rosario Castellanos (Fiscal, 1980), aunque también hay libros que se centran en la figura femenina sin acentuar el género del autor y explicitando su deseo de intentar salir de los paradigmas patriarcales (Cobián, 1999).

En relación con los géneros literarios, la narrativa ocupa el lugar preferencial, cuando predomina el enfoque de género. La poesía, el teatro y el ensayo siguen estando, entre los géneros canónicos, a la zaga. Y debido a los propios ejes de las narraciones, la crítica ha analizado a los sectores sociales más populares, marginados económicamente o bien, a las clases medias. En el cruce del género y la clase social, ésta parece haber excluido casi por completo a las más acomodadas.

Por lo general, “feminismo” y “estudios de género” son términos que se emplean de manera indistinta. Entre las características que se le atribuye a este tipo de análisis está la inclusión, al detenerse tanto en personajes femeninos como masculinos, pensando en el género de quien lee el texto (lectores y lectoras) (Cobián, 1999:12-14) o si expone la condición de la mujer (Galván, 1988:11). Una obra es feminista, por ejemplo, si “anhela para las mujeres una condición de seres humanos totales” (Galván, 1988:10) y, para ello, Delia Galván se detiene a analizar temáticas específicas en cinco obras de Elena Garro: la narración biográfica; la victimización; la marginación de madres e hijas; la reivindicación del héroe por la acción de las mujeres; y los rasgos de los personajes femeninos.

Género, cultura y literatura

Las añejas reivindicaciones de los movimientos feministas fueron totalmente compatibles con las preocupaciones nodales de los estudios culturales. Sus interrogantes fundantes (lo dominante, lo marginal, lo tradicional, lo emergente, lo cotidiano) fueron también las de las primeras investigaciones feministas que procuraban evidenciar los discursos del patriarcado y los mecanismos que propiciaban su reproducción en las sociedades. Dichas investigaciones comenzaron a indagar sobre el papel de las ideologías, el poder, sus usos simbólicos. En este sentido, los estudios de género *per se*, evidencian de qué manera las prácticas cotidianas generan, y al mismo tiempo son producto, de las instituciones. Es decir, los estudios de género también transparentan una visión cultural de las comunidades a las cuales se refieren.

Sin embargo, el vínculo entre los estudios de género y los estudios culturales prácticamente no ha sido abordado como un objetivo de investigación en la crítica literaria en México. Algunas veces se desprende del propósito central de la obra. Si de esta correspondencia se derivan, como racionalidad discursiva, las cuestiones sobre la identidad femenina o masculina, su enclave en un contexto dado y cómo éste impacta en las relaciones sociales, entonces ésta sería una de las líneas que más han interesado al cuerpo textual estudiado. Dado el giro prioritario de los estudios literarios en México, el del análisis textual, el estudio de la cultura se ha realizado como un “comportamiento declarativo”, siguiendo el término propuesto por Jean Claude Passeron.

Hay una evidente ausencia de trabajos en un gran número de líneas identificadas con los estudios culturales, como por ejemplo: el diagnóstico, el análisis y la evaluación de las obras literarias, sus autores y sus autoras, en relación con la crítica y la historia literaria. Es decir, de qué manera interactúan con el canon cultural. En todo caso, se da como un hecho la invisibilización de las escritoras, pero no se estudian las razones por las cuales otras sí son incluidas como parte de un patrimonio cultural, ni tampoco hay estudios extensos sobre el fenómeno de grandes ventas que registraron las obras de Laura Esquivel y Ángeles Mastretta, por citar algunas, en la década de los ochenta.

Al prevalecer una consideración reduccionista del género o bien, manifestar un interés central en las representaciones femeninas en el marco de los estudios literarios con un enfoque de género, se han dejado a un lado las investigaciones sobre las masculinidades, las identidades diversas, así como los cruces del género con la etnia, los rangos de edad, las nacionalidades, los enclaves geográficos, los géneros literarios, por mencionar las variables que más suelen destacarse por la teoría de la interseccionalidad. Destaca el hecho de que formas de expresión características del México del siglo XX relacionadas con la cultura popular y la urbe, tópicos tan característicos de los estudios culturales, no hayan despertado el interés de los especialistas de la literatura y dichas formas de expresión estén siendo más atendidas desde la sociología o desde la antropología cultural. En este sentido, ha habido más preocupación por indagar sobre las diferencias existentes entre los géneros y la clase social.

Tampoco hay estudios sobre otras temáticas que sí aparecen, por lo menos incipientemente, en otros ámbitos de las humanidades como la relevancia del capital social de quien escribe, tanto para su publicación como para su reconocimiento público; o descripciones de las condiciones de producción de las escritoras y de los escritores, por poner dos casos.

La convergencia de articulaciones todavía no se transparenta. Hay un gran deseo por obtener respuestas que provengan de múltiples ámbitos, pero sólo se han concretado trabajos que reúnen los puntos de vista de los especialistas, sin que se aporten resultados conjuntos o bien, que se presenten trabajos realizados a dos o más manos. El empeño de poner a dialogar a las disciplinas, que casi siempre son primas o vecinas (literatura, historia, sociología, filosofía), es añejo, por lo que la pobreza de sus frutos podría interpretarse en el sentido de que, a pesar de la importancia real conferida al género entre algunos investigadores de las áreas más diversas, hay poca o nula experiencia en la investigación interdisciplinaria en la que intervengan expertos provenientes de la crítica literaria.

Resalta, por lo tanto, que en trabajos que explicitan la necesidad de una sociedad plural y abierta, haya grandes segmentos olvidados, tanto en lo que a las técnicas aplicadas como a las temáticas de interés se refiere: los relativos a ciertos géneros literarios; tópicos relacionados con la diversidad de las identidades; personajes pertenecientes a determinadas clases sociales y razas; experimentación con metodologías de análisis más allá de las centradas en el vínculo autor-texto o el texto en sí mismo.

Aunque se detecta cierto movimiento y apertura, la descripción ofrecida por Elaine Showalter, hace más de veinte años, acerca de cómo se practicaba la crítica literaria feminista en los países anglosajones, es bastante cercana a lo ofrecido por la bibliografía sobre el tema en México: como modos de lectura específicos, dentro del orden ideológico vigente, de naturaleza patriarcal, que

... analizan las imágenes y estereotipos de las mujeres presentes en la literatura, las omisiones y las nociones erróneas sobre las mujeres en la crítica, y a la mujer como signo en los sistemas semióticos” (Olivares, 1997:48).

Los desplazamientos, en relación a lo observado por Showalter, se ubican en la amplitud de las miradas teóricas que procuran rebasar las nociones androcéntricas sobre las cuales se han estructurado, por lo general, los estudios literarios. Como asienta Aralia López, “El carácter contradiscursivo de la reflexión feminista, se sustenta en una visión epistemológica alternativa a la racionalidad occidental y patriarcal” (1995:25), y aunque se ha corrido el riesgo de ser acusados por su eclecticismo, se manifiesta un interés por edificar un cuerpo crítico en el que las mujeres escriban sobre mujeres, a partir de sus propias experiencias, a la manera del planteamiento de Cixous (Pasternac, Domenella, Gutiérrez de Velasco, 1996).

Se registra también la debilidad en el nexo entre la teoría feminista y su puesta en marcha en los estudios literarios. Aunque existe ya un cuerpo

apreciable de bibliografía que declara su adhesión a los postulados feministas, éstos se concretan a figurar en la introducción de los libros y/o a realizar breves recuentos de los postulados de las principales teorías para después centrarse en los temas elegidos. Es decir, de la teoría feminista se recuperan ideas básicas como la inequidad; la invisibilización de las mujeres; su dominación por parte del sistema patriarcal; y de ahí se pasa a demostrarlas, mediante el análisis textual. Así, el cuerpo de los trabajos suele carecer de diálogos sostenidos entre la teoría feminista y lo que acontece en los textos de ficción.

Los libros editados sobre el tema de nuestro interés delatan que éste es periférico, que no es central en la academia mexicana del área literaria. Son textos que por lo general provienen de esfuerzos personales o de proyectos aislados y no de programas institucionales y muchos menos impulsados desde el Estado o desde los organismos de la iniciativa privada, a diferencia de los publicados desde un enfoque de las ciencias sociales.

Con excepción de programas tan consolidados como el Colegio de México o el PUEG de la UNAM, se revela la ausencia o la debilidad de un proyecto crítico de los estudios literarios, desde una perspectiva de género. De aquí que sobresalga la labor del Taller de Teoría y Crítica Literaria “Diana Morán”, el cual, desde 1984 viene trabajando, casi desde su inicio, a partir de la autogestión de las aproximadamente veinte académicas que conforman al grupo. Su intenso quehacer se traduce en casi una veintena de títulos sobre escritoras mexicanas, latinoamericanas y caribeñas, principalmente (Domenella et al, 1991; Pasternac et al, 1996; Gutiérrez de Velasco et al, 1999; Domenella, 2001; Castro Ricalde et al, 2004; Pasternac, 2005; Gutiérrez de Velasco et al, 2005, por mencionar unos pocos). Su prolífica producción habla de cierta efervescencia, a partir de los años noventa, que se trasluce en la aparición de números de revistas monográficos, tesis y libros especializados, auspiciados por otras académicas, lo cual permite entrever una mayor fortaleza de esta categoría, en un futuro próximo.

La exploración realizada en este trabajo, que ha tenido como objetivo indagar de qué manera la crítica literaria en México ha favorecido la convergencia y cómo se ha manifestado tal cruce entre el género como categoría y los estudios culturales, evidencia cierto desarrollo. Éste se ha movido en la línea de la ruptura de marcos estrictamente disciplinarios, en cuanto a que los análisis textuales se han visto enriquecidos con la inclusión de un enfoque de género. Éste ha traído consigo líneas teóricas que permiten mirar al texto literario desde problemáticas más amplias: la presencia y la invisibilización de todo tipo de fronteras (geográficas, de género, teóricas, espaciales, ideológicas), la omnipresencia de nuevos y antiguos colonialis-

mos, las restricciones impuestas por poderes diversos y multidireccionales, la visibilización de procesos de exclusión y mecanismos de resistencia, entre muchas otras. La característica más notoria de estos trabajos es su potencial crítico y su insistente abogar por el “extrañamiento”, en torno de la realidad. En otras palabras, por rarificar, desnaturalizar lo cotidiano, con el fin de no caer en esencialismos ni absolutismos.

Lejos de pretender esbozar una matriz desde la cual deban desplegarse los estudios culturales en el ámbito de la óptica de nuestro interés, hemos procurado insistir en la productividad de estas intersecciones, abundando en ejemplos aún no explorados o poco indagados en México. La introducción de nuevas variables en los límites impuestos a lo que conocemos como cultura fomentaría su reestructuración, modificaría sus márgenes y transformaría sus contornos. El desplazamiento de las antiguas interrogantes sobre la mujer, sus roles y los elementos constitutivos de su identidad hacia otras escalas o a través de otros puntos de vista, contribuiría a un cambio de repertorio que, por reiterado, parecería agotado, cuando la realidad acusa las lacerantes asimetrías que persisten en todos los ámbitos.

A partir del objeto de estudio de los análisis literarios –las obras de ficción como las novelas, los cuentos, los relatos orales, las crónicas–, la incorporación de la perspectiva de género favorecería complejizar preguntas urgentes alrededor de la producción del conocimiento y de los acotados límites desde donde éste se produce. Es decir, sin apelar a los estudios de recepción y consumo, los mismos textos literarios pueden indicarnos sobre quién habla, desde dónde, sobre qué y con qué impacto. Por consiguiente, visibilizaría cuáles son los márgenes culturales que persisten, cómo y de qué manera se han ampliado. Permitiría responder para quiénes se escribe e interrogarse si la presencia de algunas manifestaciones populares invitan a leer el mundo textual de otra manera o se han convertido en meras estrategias de inteligibilidad para los receptores.

A pesar de que las traducciones de libros y de artículos nodales se han realizado con retardo así como de la escasa y desapareja disponibilidad de los acervos bibliohemerográficos en México, es notorio cómo la crítica literaria, desde una perspectiva de género, ha marchado con un ritmo más o menos semejante al de las preocupaciones de las teorías feministas. Esto habla de los esfuerzos y de los intereses de grupos académicos reducidos, mientras que su institucionalización sigue un paso más lento, en el caso de que hubiera algún movimiento en este sentido. El tiempo que lleva por delante el desarrollo del feminismo en México explicaría, entonces, el rezago de los enfoques culturalistas, en su intersección con los estudios literarios y los de género.

Recibido: 9 de julio de 2009 Aprobado: 24 de agosto de 2010

Bibliografía

- Álvarez, G. (1974). *Diez mujeres en la poesía mexicana del siglo XX*. Colección Metropolitana, México.
- Blanco, F. (dir.). (2001). *Mujeres Mexicanas del siglo XX la otra revolución Tomo I*. Edicol, México.
- Bradú, F. (1987). *Señas particulares: escritora*. FCE, México.
- Braidotti, R. (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Gedisa, Barcelona.
- Castro, M., Cázares, L. y Prado, G. (coeds.). (2004). *Escrituras en contraste. Femenino/masculino en la literatura mexicana*. UAM-I/Aldus, México.
- Castro, M. y Pettersson, A. (edits.). (2006). *Josefina Vicens. Un vacío siempre lleno*. FONCA, Tecnológico de Monterrey (Col. Desbordar el Canon), México.
- Castro, M. (2009). "Género", en: Mónica Szurmuk, Robert McKee (coord.). *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos. Siglo XXI*, Instituto Mora, México.
- Campuzano, L. (1997). *Mujeres Latinoamericanas. Historia y cultura. Siglos XVI al XIX*. Tomos I y II. Casa de las Américas, UAM-I, México.
- Campuzano, L. (1998). *Mujeres Latinoamericanas del siglo XX. Historia y cultura*. Tomos I y II. Casa de las Américas, UAM-I, México.
- Carter, E. (2002). "Género", en: Payne, M. (comp.). *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*. Paidós, Buenos Aires.
- Cázares, L. (coord.). (1995). *Escritoras latinoamericanas*. Revista *Iztapalapa*, Año 15, no. 37, julio-diciembre, UAM-I.
- Cázares, L. (coord.). (2002). *Escrituras latinoamericanas*. Revista *Iztapalapa*, Año 23, no. 52, enero-junio, UAM-I.
- Cázares, Laura (ed.). (2006). *Nellie Campobello La revolución en clave de mujer*. Tecnológico de Monterrey, FONCA, UIA, México (Desbordar el Canon).
- Cobián, D. L. (1999). *Génesis y Evolución de la Figura Femenina en el Popol Vuh*. Plaza y Valdés, México.
- Díaz Avilez, M. (1998). *Paisaje de Nuevo León en la literatura: visión de tres mujeres*. Fonca, Nuevo León.
- Domenella, A. R. (2002). "¿Cómo leemos y cómo leer a nuestras escritoras?", en: Urrutia, Elena. *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*. El Colegio de México, pp. 413-434, México.
- Domenella, A. R. y Pasternac, Nora (coords.). (1991). *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*. El Colegio de México, PIEM. México.
- Domenella, A. R. (coord.). (2001). *Territorio de leonas. Cartografía de narradoras mexicanas de los noventa*. UAM / Juan Pablos Editores, México.
- Domenella, A. R. (edit.). (2007). *María Luisa Puga. La escritura que no cesa*. Tecnológico de Monterrey, FONCA, UAM, México (Desbordar el Canon).
- Escandón, C. R. (1991). *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*. Universidad Autónoma Metropolitana, México.

- Fe, M. (coord.). (1999). *Otramente: lectura y escritura feministas*. FCE, México.
- Fiscal, M. R. (1980). *La imagen de la mujer en la narrativa de Rosario Castellanos*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Franco, J. (1994). *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*. FCE, México.
- Galván, D. V. (1998). *La ficción reciente de Elena Garro 1979-1983*. Universidad autónoma de Querétaro.
- Giménez, G. (2003). “La investigación cultural en México”, en: Valenzuela Arce, J. M. (coord.). *Los estudios culturales en México*. FCE/CNCA, México.
- Glantz, M. (1995). *Sor Juana Inés de la Cruz: ¿Hagiografía o Autobiografía?* Grijalbo, México.
- Guerra, L. (2007). *Mujer y escritura. Fundamentos teóricos de la crítica feminista*. UNAM, PUEG, México.
- Guerrero, F. J. (2004). “Los estudios culturales en México”, en: *Dimensión antropológica*, http://www.antropologia.inah.gob.mx/pdf/pdf_publicaciones/Resena3.pdf (fecha de acceso: agosto de 2007).
- Gutiérrez de Velasco, L. et al. (1999). *De pesares y alegrías. Escritoras latinoamericanas y caribeñas contemporáneas*. El Colegio de México, PIEM, UAM-I, México.
- Gutiérrez de Velasco, L. et al. 2005. *Femenino/masculino en las escrituras de América. Escrituras en contraste*. UAM-I, Aldus, México.
- Gutiérrez de Velasco, L. y Prado G, Gloria. (eds.). (2006). *Elena Garro. Recuerdo y porvenir de una escritora*. Tecnológico de Monterrey, FONCA, UIA, 2006, México (col. Desbordar el Canon).
- Herrera, S. P. (2003). *En gustos se comen géneros*. Instituto de cultura de Yucatán, México.
- Krauze, E. y Espejo, B. (2002). *Atrapadas en la cama*. Alfaguara, México.
- Lamas, M. (2003). “Cultura, género y epistemología”, en: Valenzuela Arce, J. M. (coord.). *Los estudios culturales en México*. FCE, CNCA, México.
- Lamas, M. (2006). *Feminismo. Transmisiones y retransmisiones*. Taurus, México.
- Lavín, M. (1999). *Atrapadas en la escuela*. Selector, México.
- León Barrios, G. (2005). “Reseña sobre Los estudios culturales en México”, en: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. No. 25, vol. 11, junio, pp. 159-162.
- López González, A. (1995). “Justificación teórica: Fundamentos feministas para la crítica literaria”, en: *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras mexicanas del siglo XX*. El Colegio de México, México.
- Meza Márquez, C. (2000). *La utopía feminista: quehacer literario de cuatro narradoras mexicanas contemporáneas*. Universidad Autónoma de Aguascalientes / Universidad de Colima, Aguascalientes.
- Molloy, S. 2000. “La flexión del género en el texto cultural latinoamericano”, en: *Revista de Crítica Cultural*. No. 21, noviembre, pp. 49-59.
- Molloy, S. (2000). “Género y modernidad”, en: Hermann Herlinghaus, Mabel Moraña (eds.). *Fronteras de la modernidad en América Latina*. ILI, Pittsburg.

- Mummert, G. (2003). "De los estudios de la mujer a los estudios de género en México", en: Gutiérrez de Velasco, L. *Género y cultura en América Latina*. El Colegio de México, pp. 367-376, México.
- Navarro, M. y Stimpson, C. R. (comps.). (1999). *Sexualidad, género y roles sexuales*. FCE, Argentina.
- Navarro, M. y Stimpson, C. R. (comps.). (2001). *Nuevas direcciones*. FCE, Argentina.
- Ocampo, A. (antología, introducción y notas). (1976). *Cuentistas mexicanas. Siglo XX*. UNAM, México.
- Olivares, C. (1997). *Glosario de términos de crítica literaria feminista*. El Colegio de México, México.
- Pasternac, N. et al. (1996). *Escribir la infancia. Narradoras mexicanas contemporáneas*. El Colegio de México, PIEM, México.
- Pasternac, N. (ed.). (2005). *Territorio de escrituras. Literatura mexicana de fin de siglo*. UAM-I / Juan Pablos Editores, México.
- Poot Herrera, S. (ed.). (2003). *En gustos se comen géneros*. ICY, Mérida.
- Prieto Stambaugh, A. (2005). "Los estudios culturales en México", en: *Revista Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*. No. 101, vol. XXVI, invierno, pp. 311-318.
- Portugal, A. M. (2005). "Feminismo", en: Salas Astrain, R. (coord.), *Pensamiento crítico latinoamericano: conceptos fundamentales*. 2 vols., Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile, pp. 355-360.
- Rich, A. (1980). "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence", en: *Signs*. Vol. 4, núm. 5:631-660.
- Richard, N. (2003). "El conflicto entre las disciplinas", en: *Los estudios culturales latinoamericanos hacia el siglo XXI. Revista Iberoamericana*. No. 203, abril-junio.
- Robles, M. (1986). *La sombra fugitiva. Escritoras en la cultura nacional*. UNAM, México.
- Robles, M. (2002). *Mujeres del siglo XX*. FCE, México.
- Rowe, W. (2003). "The Place of Literature in Cultural Studies", en: Stephen Hart y Richard Young. *Contemporary Latinoamerican Cultural Studies*. Arnold, pp. 36-47, London.
- Sefchovich, S. (1983). *Mujeres en espejo 1 narradoras latinoamericanas Siglo XX*. Folios, México.
- Silva Velázquez, C. (1986). *Puerta abierta. La nueva escritora latinoamericana*. Joaquín Mortiz, México.
- Torres Medina, V. (coord.). (1998.) *Escritoras mexicanas del siglo XX. Temas y variaciones de literatura*. No. 12, segundo semestre.
- Ureta Calderón, C. A., Lucero, María del R, y Rivera, E., 2001. *I Foro: Las mujeres en el nuevo milenio*. Universidad Autónoma de Tlaxcala, México.
- Valenzuela Arce, J. M. (coord.). (2003). *Los estudios culturales en México*. FCE/ CNCA, México.
- Zamudio, L. E. y Tapia, M. (2006). *Rosario Castellanos. De Comitán a Jerusalén*. Tecnológico de Monterrey, UAEM, FONCA, México.